



DEJAD CRECER ROSAS
EN EL DESIERTO

Rafael Martínez Bernardo

DEJAD CRECER ROSAS
EN EL DESIERTO



Primera edición: septiembre 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Rafael Martínez Bernardo

© Ilustraciones de cubierta e interior: Marieta Alonso-Collada

ISBN: 978-84-18958-06-9

ISBN digital: 978-84-18958-07-6

Depósito legal: M-25397-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Melisa, Beatriz y Elsa, por cuyos ojos veo,
A mis padres y a Juan, que escuchan juntos los latidos de la tierra.*

A los rostros que forman los adoquines del mar

*Este dolor arrastrando estrellas a la espalda
descansando en una piedra negra
rezando a los desiertos, sus oasis y gacelas.
Levantando con ramos de palmera
una choza de sombra protectora.
Fabricando páginas de amor
que para el libro y el cálamo
sean refugio y santuario.*

ADONIS: Poema El libro (II)

El mar está adoquinado con rostros humanos, los rostros de los muertos.

ENRIQUE VILA-MATAS

*El caballo de hierro cruza ahora sin miedo
desiertos abrasados de silencio.*

LEOPOLDO MARÍA PANERO: Deseo de ser piel roja

Ruta seguida por Gazali, Lisimba y sus compañeros



I. Safira estrella «preciosa» y Gazali «victorioso»

Los delegados de gobierno que presidían la mesa de honor no pudieron reprimir un gesto de asombro ante el grito de dolor del presidente de la Comisión. Con la mesura y formalidad que el protocolo exigía, posaron sus cubiertos sobre el almidonado mantel, giraron sus cabezas hacia la presidencia y se interesaron por la causa de tan inesperado grito en medio de la cena exquisita que clausuraba el Congreso.

Nunca antes se habían puesto de acuerdo los países europeos para tratar el tema que tanto preocupaba a una población escéptica con las soluciones de los políticos; en esta ocasión no podían decepcionarlos y se emplearon todos los medios que estaban a su alcance. El Congreso se celebraba en el antiguo Fuerte de San Ángel (perteneciente a la Orden de Malta) en La Valeta, Malta, país asociado a la historia europea en su lucha por el dominio del mar Mediterráneo. Para el evento se habían forrado las paredes del gran salón del trono con paneles de oro procedente del África Central, las mesas habían sido decoradas con incrustaciones de maderas preciosas de las selvas de las orillas del Níger, el suelo cubierto con *kilims* tuaregs y gruesas alfombras de algodón procedentes de Níger y de los techos colgaban delicadísimas escayolas de las minas de yeso en Tessalit, Mali. De los cuellos de las decorativas esposas colgaban relucientes diamantes de las minas de Sudáfrica que dividían en prismas de mil lados la potente luz procedente del uranio de Níger en un frío salón dulcemente caldeado por los efluvios del gas natural de Libia en un entorno envuelto por las mágicas notas

de la kora¹ del maliense Toumani Diabaté y de la aterciopelada y envolvente voz de la gambiana Sona Jabarteh, acompañada también por su kora. Los delegados saboreaban el delicioso café de Etiopía de intenso sabor mientras consultaban las últimas noticias en los ordenadores portátiles o contestaban innumerables mensajes en sus móviles fabricados con imprescindibles componentes de coltán y de cobalto extraídos en la RD del Congo y comercializados ilegalmente a través de Uganda.

A miles de kilómetros del lujoso salón donde se celebraba la decisiva reunión para llegar a acuerdos, una vez más definitivos, que terminasen de una vez por todas con los problemas de la inmigración ilegal hacia Europa, Safira dirigía sus ojos al diminuto hilo luminoso que aparecía en el cielo cuando comenzaron los dolores del parto. Los últimos rayos del sol abrasador dieron paso a un atardecer dorado que se fue convirtiendo en rojo de tal modo que el bosque que rodeaba la aldea de Taipunga parecía incendiado por el resplandor sanguíneo del poniente. A medida que se debilitaba el sol y las sombras de la noche cubrían el poblado, apareció en el cielo un hilillo mínimo de luna creciente, muestra de una esfera lunar oscura con borde luminoso que flotaba etérea en el firmamento. Para una minoría de los habitantes de la aldea era el comienzo del Ramadán, de la purificación, del fuego y del ardor con que el sol quema la tierra y la arena, «así están los corazones y las almas para aceptar gustosamente las amonestaciones de Dios».

Salió despacio de su cabaña y se adentró en el bosque que tan bien conocía incluso en la oscuridad; se sentó bajo un baobab desde donde podía divisar la aldea y allí permaneció mirando a la luna y pidiendo a sus antepasados que fuese un parto feliz; no le importaban los dolores que se avecinaban, solo soñaba con un hermoso y fuerte niño que le recordase a su amado. El fruto, póstumo a la postre, del amor por su marido se abría camino a través de sus en-

¹ Instrumento musical típico de los griot (narradores de historias) de África Occidental; es una combinación de arpa y laúd.

trañas. Safira era la segunda mujer de Wasid y con él había compartido gran parte de su vida; había sido un hombre tierno para con ella y con él había engendrado una hija, Kimani «dulce y hermosa», y un hijo, Basaar «el que trae la felicidad».

El resplandor sangriento de poniente era algo más que un hermoso telón de fondo para el alumbramiento de su hijo. La calma del atardecer fue rasgada por el ruido lejano de motores amenazadores y Safira sintió que se le encogía el corazón. No podían ser grandes vehículos porque a la aldea solo se accedía por una senda estrecha, pero el ruido fue aumentando y oyó cómo su gente salía de las cabañas y aumentaba la confusión.

Mwenyekiti era el jefe de la aldea y él tomaba las decisiones con el consejo de los ancianos, pero en este caso no había tiempo para largas discusiones como acostumbraban a hacer para la mínima decisión. A gritos ordenó que los niños y las mujeres se escondiesen en el bosque y los hombres y los jóvenes cogiesen cualquier tipo de herramienta que tuviesen a mano y que pudiese servir para defenderse, machetes, guadañas, picos, cuchillos... y estuviesen alerta ante lo que pudiese venir acompañando al ruido de los motores. El nuevo milenio acababa de comenzar y una carga ominosa pesaba sobre los corazones tanto de musulmanes como de los creyentes en la existencia de un alma sagrada omnipresente que moraba en los seres animados e inanimados. La armonía reinaba entre ambas creencias.

Un aleteo lúgubre, viscoso y tenebroso de pájaros siniestros rompe la serenidad del paisaje, al tiempo que un hedor nauseabundo invade el aire que se hace irrespirable. Es la premonición de la muerte.

La aldea vivía pacíficamente en su digna pobreza, trabajando de sol a sol y esperando que las lluvias bendijesen las semillas que con tanto sudor habían depositado en la tierra, una tierra áspera, huraña, abierta a cualquier raíz de los árboles cercanos que la taladraba y que tanto costaba erradicar a fuerza de golpes de panga², hacha

2 Especie de machete de hoja más ancha, utilizado para cortar forraje. También puede ser utilizada como arma.

y azada. Su mayor pecado era hallarse en el camino por donde pasaban soldados armados pertenecientes a grupos rebeldes que asolaban cuanto encontraban a su paso con el pretexto de imponer la ley religiosa suprema y de derribar a un gobierno corrupto e incapaz de sacar al pueblo de la miseria secular. Como nunca consiguieron apresar las sombras de quienes huían, decidieron arrasar los poblados de la zona, ni siquiera estaban seguros de que fuesen más que sombras.

Atenazada y paralizada por el pánico y por los dolores del parto, vio escenas de horror que superaban la imaginación, vio cómo su propio marido caía herido de un golpe en la cabeza mientras luchaba desesperadamente, luego fue arrastrado y atado a un *karité* donde murió a golpes, el mismo árbol que les había proporcionado tan ricas almendras. Las mujeres jóvenes huyeron despavoridas y consiguieron salvar sus vidas, los paramilitares violaron y asesinaron a las pobres que no podían correr; las más bellas fueron atadas y cargadas en camiones. Cuando acabó la desigual pelea, incendiaron las cabañas con los habitantes que se habían escondido dentro.

Quedó la aldea sumida en el más triste y sobrecogedor silencio; las mujeres y los niños supervivientes a la tragedia se mantuvieron escondidos hasta la caída de la tarde, una vez cerciorados de que nadie volvería por ellos. Recorrieron las cabañas calcinadas y vieron con horror muchos cuerpos de ancianos carbonizados en su interior; lo que el día anterior había sido el centro bullicioso donde jugaban los niños, hoy estaba sembrado de cadáveres de personas de todas edades. Poco a poco comenzaron a llegar hombres, jóvenes y niños que también habían huido o se habían escondido de la barbarie. Sus vecinos Lisimba, Naqibu y Fatir desaparecieron en la confusión protegidos por sus madres y fueron encontrados posteriormente en el bosque. Los cadáveres de los enemigos que habían muerto fueron arrastrados a las afueras de la aldea y abandonados para ser pasto de los buitres, hormigas y demás animales carroñeros.

Entre tanta atrocidad Safira vio un grácil cervatillo con la marca de una estrella blanca en la frente salir corriendo al lado de las

chozas en llamas, con los ojos fuera de sus órbitas al observar tanto horror; el cervatillo se paró en la distancia, giró su cabeza una última vez con una lágrima en cada ojo y desapareció.

El día en que nació Gazali no hubo alegría en la aldea de Taipunga. Safira había permanecido inmóvil bajo el baobab solitario mientras duró la matanza; como si supiese lo que sucedía en el mundo exterior, la criatura no se movía en el vientre de la madre. Así permanecieron hasta que los primeros resplandores del alba iluminaron el desastre; al alba se reanudó el dolor, al alba traspasó la barrera y al alba nació Gazali, «victorioso». Madre e hijo permanecieron abrazados largo tiempo hasta que el pequeño comenzó a succionar la dulce leche de la madre. Safira todavía tenía recelos de regresar a la aldea, pero no podía resistir el cansancio y las primeras punzadas del hambre. Finalmente caminó muy despacio hasta llegar a los restos de lo que había sido su hogar: allí encontró a sus dos hijos, Kimani y Basaar, abrazados y temblando, ella los cogió en brazos y los reconfortó.

El cadáver de su marido permanecía atado al árbol, así que dejó al recién nacido envuelto en harapos con sus hermanos y se dirigió con una pala hacia el árbol. No estaba sola, varias mujeres de repente convertidas en viudas enterraban a sus maridos y se ayudaban mutuamente en la triste labor, luego le tocó a ella cubrir de tierra a su amado Wasid, la ayudó Teizué, su primera mujer. Una mirada penetrante entre ambas hizo olvidar viejos celos y rencores.

—Murió como un valiente.

—Murió como lo que era.

—Me lo robaste.

—Él me robó el corazón.

Las dos mujeres se abrazaron, comprendiendo que deberían estar unidas si querían afrontar con éxito el oscuro porvenir que se les avecinaba.


Waganga, el chamán animista del dios de la floresta, que presidía el consejo de ancianos y al que se encomendaban en los momentos

que más lo necesitaban, reunió a los supervivientes para celebrar la ceremonia del enterramiento y rogar por los espíritus de los asesinados para que se identificasen con la naturaleza y olvidasen su muerte violenta. El poblado había quedado impregnado de muerte, destrucción y odio, era necesario purificar el ambiente porque Waganga podía comunicarse directamente con los espíritus.

Como sacrificio expiatorio para aplacar la ira de los asesinados, mataron una cabra y ofrecieron la sangre a su dios totémico y a los antepasados para que los protegieran. Han de esperar un tiempo prudencial para espantar a la muerte en la ceremonia de *Olumbe*, si bien en este caso ha de ser en nombre de la comunidad, no de un miembro de la misma; no habrá discursos alabando las bondades de los fallecidos, pues son numerosos, no habrá comida ni bebida para los invitados, pues a duras penas les han quedado alimentos para subsistir, no habrá, en fin, cánticos que recuerden las hazañas de los antepasados: solo queda un profundo silencio que impregna el aire y que el viento se encarga de transmitir por la selva, una selva repleta de espíritus y de dioses donde todos los seres vivos tienen la categoría de tales. El latir de unos sencillos tambores rompió definitivamente el silencio, se esparció y sus vibraciones resonaron en los corazones afligidos con el único consuelo de que la vida de los ancestros continuase después de la muerte.

Después de la ceremonia Safira, «estrella preciosa», regresó a la cabaña en ruinas donde la esperaban sus hijos Kimani, Basaar y el recién nacido Gazali. No podía creer el vuelco que había dado su vida desde que vio la primera luna del Ramadán aparecer en el cielo. A partir de ahora la primera tarea consistiría en reconstruir su cabaña, labor no demasiado ardua porque era una choza humilde y con mínimas posesiones. Después de amamantar a Gazali, salió al bosque con el resto de las mujeres a recoger ramas para reparar los techos incendiados de sus moradas y de este modo protegerse del sol y de la lluvia. Nunca tuvieron puertas ni ventanas, por lo que la reconstrucción resultaba sencilla. Los hombres que sobrevivieron a la masacre se ocupaban de hacer adobes de barro rojo,

después los dejaban secar y, una vez secos, los apilaban dejando huecos en el suelo para dejar espacio para el fuego y cocerlos. Por efecto del fuego los adobes de barro se endurecían de tal manera que resistían el sol y las lluvias torrenciales. Una vez cocidos cada vecino recogía los ladrillos necesarios para reconstruir las paredes destruidas. Kimani y Basaar trabajaban de sol a sol a pesar de su corta edad ayudando a los hombres a transportar leña para el fuego, así como tierra y agua para la elaboración de los adobes. Safira llevaba la carga sobre su cabeza y a Gazali atado a su espalda, durmiendo unido al cuerpo de la madre, formando parte de su íntima e inseparable miseria.

Cierto día, cuando el sol declinaba y los habitantes de Taipunga se retiraban a sus chozas para descansar y cocer su *ugali* de harina de maíz para la cena, Kimali y Basaar estaban jugando con sus amigos olvidando momentáneamente los sucesos recientes. Uno de los niños revolvía entre el polvo de la calle y descubrió un objeto brillante, lo cogió y comenzó a jugar con él sin darle mayor importancia; los niños peleaban por hacerse con el inusual objeto hasta que un adulto intentó apaciguarlos y descubrió el objeto: era un medallón dorado con la efigie de un león alado en el frente y una inscripción ilegible en el reverso:  ³. El hombre frunció el ceño y se lo llevó al brujo de la aldea, que no necesitó mucho tiempo para su interpretación; sus manos temblaban ante la visión del medallón: era el símbolo del pueblo de los *Kwitu*⁴. Sin duda habían sido los autores de la matanza y la destrucción de su aldea.

El descubrimiento accidental del medallón dorado acababa de sembrar la semilla de un nuevo terror desconocido para ellos: los propios habitantes de tribus vecinas estaban cometiendo los mismos atropellos que habían sufrido ancestralmente.

Cae el día y el calor sofocante cede ante la brisa. De inmediato

3 Azawad, en lengua Tifinagh moderna. Región al norte de Mali cuya superficie supone un 65 por ciento del total del país. En enero de 2012 varios grupos insurgentes lanzaron una campaña contra el gobierno reclamando la independencia o una mayor autonomía para la región.

4 Nombre ficticio del grupo rebelde.

Mwentyekiti reunió a los pocos hombres y mujeres que habían sobrevivido a la masacre y les advirtió del nuevo peligro. El anciano les reveló el descubrimiento de la identidad de los salteadores. Safira solo esperaba salvar a sus hijos de semejante peligro, no añadir más dolor al dolor causado por la pérdida de su marido y que las sombras nunca se llevasen consigo a ninguno de ellos.

Gazali crece rápidamente a pesar de la escasa comida; los pechos de la madre se han vaciado y sus débiles embestidas sobre ellos no hacen más que acentuar el sufrimiento y la decepción de Safira. Todas las mañanas sale a los campos a buscar comida y a recoger algún animal perdido perteneciente a la familia; poco a poco rehace su pequeño rebaño de cabras y reúne gallinas suficientes para alimentar a la familia, las vacas y terneros que tenían en el territorio comunal habían sido robadas por los salteadores. A pesar del cansancio, todavía conserva fuerzas para recoger ramas de los árboles y, con ayuda de sus pequeños, clava estacas a las que ata las ramas y de este modo forma un pequeño y rudimentario establo.

Se suceden atardeceres y amaneceres, la vida se hace monótona en Taipunga. La aldea se rehace de sus cenizas, el polvo se convierte en barro, el barro en ladrillo y el ladrillo en chozas de nuevo, el ciclo de la vida se renueva. Gazali ha alcanzado ya la suficiente fortaleza en sus piernas y brazos como para ir al arroyo no muy lejano con su cubo sobre la cabeza para transportar agua; cubos que, de manera inverosímil y por algún tratado comercial oculto, provienen de un país del lejano oriente que invade hasta los últimos rincones del universo con cachivaches de plástico. El niño es enjuto y fibroso, rápido como el rayo, como ya demostrara a los compañeros cuando perseguían lagartos o eran perseguidos a su vez por perros más hambrientos que ellos mismos.

Su único temor era la oscuridad, si caía la noche y no llegaba a casa, comenzaba a silbar por el camino para ahuyentar influencias posibles de posibles *yinns*. En cierta ocasión se entretuvo por el camino y tuvo que cobijarse bajo el todopoderoso *baobab*, árbol

sagrado y generoso; cenó unas duras bayas y se durmió acurrucado bajo el árbol. En pleno sueño despertó sobresaltado y comenzó a temblar ante la asombrosa luz que iluminaba la noche.

—Son los yinns protectores que acuden a visitarme, es el espíritu de mi padre, —pensó.

Años más tarde descubriría el origen de aquellas luces que colgaban del baobab, en otro ambiente más hostil y bajo otro lejano cielo. El sopor lo invadió de nuevo y despertó cuando los rayos de sol calentaron sus ateridos músculos. Recogió el cubo de agua y regresó a casa para tranquilizar a su madre y a sus hermanos, que ya estaban preparándose para salir en su busca.

La aldea de Taipunga retomaba su actividad y paulatinamente recuperaba la pérdida de tantos adultos, la población infantil había aumentado considerablemente. Gazali tenía multitud de amigos, entre los que destacaban Lisimba, Naqiba y Fatir; era un niño popular y querido a pesar de ser el más joven de todos ellos. Con ocasión de la celebración de la fiesta del Eid, que marcaba el final del Ramadán para los creyentes musulmanes, pero que todos celebraban en mayor o menor medida, los padres permitían a los niños salir por el bosque y jugar libremente hasta la noche, mientras ellos se reunían con familiares y amigos para compartir los alimentos que previamente habían cocinado al aire libre.

Los amigos se internaron en el bosque hasta que llegaron a la aldea vecina sin darse cuenta; comenzaba a caer la noche y de repente oyeron un extraño rugido parecido al de un león. Naqiba y Fatir regresaron corriendo a Taipunga, pero Lisimba y Gazali quedaron paralizados por el miedo; el rugido se aproximaba y vieron cercano su fin, en un momento de arrebató infantil y ante el temor de un fatal desenlace se cogieron de la mano y prometieron firmemente mantenerse unidos por lazos indisolubles el resto de sus días si salían vivos de esta aventura, sin importarles los peligros que la vida futura podría depararles. Una luna inmensa dominaba el cielo y Gazali la utilizó de interlocutora para contar sus penas y

miedos a su madre, preocupada por la tardanza de su hijo en aparecer. Poco después se produjo un amenazador silencio al que siguió una sonora carcajada: habían sido descubiertos por otros jóvenes mayores de la aldea vecina y habían decidido darles un escarmiento simulando el rugido de un león. Con su orgullo infantil herido decidieron regresar a sus casas y no contar nada de lo sucedido.

II. Ecos del pasado bajo el árbol Mvumo

El anciano jefe Mwenyekiti aún recuerda la historia que le contaban sus abuelos sobre unos tratados firmados en la lejana Europa por los que iban a dividir el continente africano y repartirlo con el propósito de enseñar a los nativos a gobernarse por sí mismos. Pero desconfiaban del hombre blanco que había llegado hacía siglos y sigilosa y astutamente como las serpientes se llevaba a hombres y a mujeres y nunca volvían a aparecer.

Sus antepasados labraban la tierra y se regían por el poder del líder local; primero aparecieron los colonos blancos que, en connivencia con dichos líderes y bajo la excusa de enseñarles a labrarlas, se quedaron con sus tierras. Posteriormente llegaron los misioneros cristianos, luteranos y católicos, muchos bienintencionados, otros eran socios de los colonos y, como dictaba la copla popular: «vinieron los misioneros y nos enseñaron a rezar con los ojos cerrados, cuando abrimos los ojos, teníamos Dios, pero nos habíamos quedado sin tierras».

Con la independencia del país se produjo una euforia generalizada y efímera; pese al optimismo inicial, surgieron nuevos e inesperados problemas. El ansia de poder de los nuevos gobernantes dio lugar a golpes de estado que debilitarían la maltrecha economía, llegaron sequías, hambrunas, enfrentamientos tribales, corrupción a gran escala que en definitiva afectaron a los más débiles de la cadena, dejándolos tan indefensos como antes de la independencia de la colonia. De todos modos, los tratados sobre las tierras y las naciones se realizaron en base a la superficie de las

tierras, no al subsuelo de las mismas. Aquí radica la riqueza de unos pueblos y la miseria de otros.

Bajo el aparente regalo de los dioses concediéndoles una tierra fértil, subyacía el daño, la desgracia; enmascarada en la exuberancia se ocultaba la premonición de la catástrofe. Si en el pasado el hombre blanco había raptado, cazado y vendido a la flor y nata de la juventud de los poblados, Mwenyekiti no conseguía entender cómo su pueblo seguía bajo la amenaza secular de la rapiña del poderoso; sin importar el color, el pobre soportaba la tiranía. Si antes eran historias de esclavos, en la actualidad circulaban relatos de jóvenes que desaparecían para reforzar las filas del ejército rebelde que de otra forma no podría reclutar adeptos, o bien proporcionando mano de obra muy barata para la explotación de materias primas como el oro, los diamantes o el novedoso coltán.

Al llegar la noche los habitantes de Taipunga acostumbran a reunirse bajo el *Mvumo*, un árbol enorme cuyas hojas usan los curanderos. En las cálidas noches se llena de luciérnagas inquietas que dibujan en la oscuridad mágicos perfiles con su luz: cuanto mayor es la oscuridad más brilla su luz, cuanto más negra es la desesperación, más nítidas suenan las palabras del jefe y orador. Para la ocasión Mwenyekiti se viste con su mejor túnica, heredada de sus antepasados, una larga túnica estampada y raída por el uso de los años y sin posibilidad de ser renovada tanto por la fidelidad a lo heredado como por la falta de medios.

Forman su público los supervivientes de la masacre de los *Kwitu* y los niños que habían nacido desde entonces y que ahora dormitaban atados a las espaldas de sus madres la mayor parte del día. Se sientan en el suelo o en asientos improvisados de piedra o troncos, dejando el lugar prominente bajo el árbol para Mwenyekiti, que se acomoda frente a ellos en un tronco pulido simulando un sillón, digno de su autoridad y respeto. Gazali y sus inseparables amigos Lisimba «león», Naqiba «líder», Fatir «superviviente» se han sentado en la primera fila; es la primera vez que asisten a la reunión y su

excitación les hace escuchar sin parpadear, no pierden detalle de las palabras que allí se dicen.

El anciano cuenta que razias de hombres blancos aparecían de repente al anochecer con armas mortíferas que escupían fuego y se llevaban a sus antepasados más fuertes; al amanecer los veían avanzar por la selva encadenados por el cuello y desaparecían para siempre. Se abatían sobre el poblado y no había oportunidad de defenderse, caían como sombras blancas en la negra noche. Según sus creencias eran enviados por los espíritus malignos como castigo por sus acciones inicuas, tanto las actuales como las de sus antepasados.

El anciano cuenta historias que el viento se encarga de transmitir como susurros:

—Nuestros antepasados más fuertes desaparecían

—Al amanecer los veían encadenados avanzar por la selva y nunca regresaban

—Los ladrones de hombres y mujeres caían como sombras blancas en la negra noche, no había oportunidad de defenderse

—Rumores de pueblos conquistadores, incursiones en busca de esclavos, desaparece gente misteriosamente.

—El horror, ¡oh!, el horror

Y el viento seguía ululando.

Gazali contiene el aliento ante el pavor que dichas historias provocan en su imaginación infantil y que aterrorizan sus noches de insomnio. No se imagina una vida apartado de su madre y de sus hermanos, se siente feliz con ellos a pesar del duro trabajo y la escasez de alimentos. Sin embargo, es ambicioso y desea una vida mejor y más justa; en secreto sueña con viajar a lugares lejanos y bellos donde algún día pueda llevar a su familia. Por la aldea se ha corrido la voz, y el viento ha susurrado y extendido el rumor, de que existe la posibilidad de realizar un largo viaje al norte cruzando el desierto y un ancho mar. La recompensa a tan arriesgada empresa es conseguir unas condiciones de vida que le han sido negadas por el destino que le hizo nacer en el lugar y el entorno que él no

ha elegido. La peligrosa semilla de la atracción por las luces brillantes que atrapan a sus buscadores se ha aposentado en su corazón, un señuelo que atrae a sus perseguidores y los hace caer en la trampa de las aguas profundas de un pozo que atrae hacia el fondo a quien queda deslumbrado por su atracción, mariposas abrasadas por la luz que los hechiza.

Lisimba, Naqiba y Fatir vivían en chozas cercanas a Gazali y lo consideraban un pequeño héroe por la valentía que mostraba en las peleas con los integrantes de otras pandillas y también por el hecho de haber nacido en el infausto día del ataque de los *Kwitu*, en el que tantos compañeros habían sido cruelmente masacrados. En cambio, Gazali era temido por los adultos porque veían en él una amenaza para la aldea, las circunstancias de su nacimiento fueron tomadas como premonitorias de la masacre. Sus ojos transmitían una mirada inquisitiva, de un blanco intenso que resaltaba sobre un fondo negro, negra pupila que reflejaba la luz y el semblante de quien la miraba, quien se atrevía a mirar en la profundidad de esos ojos lo primero que veía era a sí mismo, después un pozo rebosante de misterio, cargado de una corta historia, de tristeza y de un futuro lleno de premoniciones, al tiempo que una dulzura envolvente cautivaba al observador; una mirada que era el reflejo del paisaje y de un recuerdo todavía futuro en el que se adivinaba una vida fuera de lo común.

Lisimba era el más fuerte físicamente, valiente, esforzado y luchador, nunca se arrojaba ante las dificultades que se interponían en su camino. Muchas noches se tumbaban en el suelo a contar estrellas hasta que una estrella fugaz errante les hacía perder la cuenta y entonces se producía un silencio amenazador porque estaban convencidos de que alguna vez caería sobre ellos; al contemplar grupos de estrellas se formaba en su imaginación la cara de sus seres queridos plasmada en ellos, los adultos apodaban a estos grupos con el nombre gracioso de «constelaciones». En el calor de otras noches se tendían bajo los árboles para observar luciérnagas

e intentar descubrir el secreto de su luminosidad: según una vieja leyenda, debido a su orgullo las luciérnagas fueron castigadas por los dioses que las convirtieron en feos insectos obligados a cargar con la luz para mostrar al mundo su fealdad y su orgullo eternamente.

A pesar de su corta edad los cuatro amigos habían vivido escenas que los habían transformado en adultos precoces. Diariamente caminaban durante una hora hasta el poblado de Kalumele, adonde acudían a la escuela más cercana cargados con una vasija de agua en sus cabezas para poder beber y con la cual pudiesen hacerles una sopa para subsistir el resto del día. Sus hermanos mayores Kimani y Basaar caminaban a su lado cuando salían de casa, pero a lo largo del camino se unían a otros grupos de amigos y en la escuela asistían a clases diferentes, por lo que solo se veían en los recreos o en aquellas ocasiones en las que Basaar tenía que defender a su hermana Kimani y a Gazali en alguna pelea. Basaar también era el encargado de llevar el machete o *panga* para cortar hierba a la vuelta a casa para alimentar a la famélica vaca que les aportaba leche. En muy pocas ocasiones transportaban productos sobrantes de la tierra para vender en el mercado de Kalumele.

La escuela era un tendejón improvisado construido por los propios habitantes que habían transportado multitud de adobes cocidos al sol y que estaban dispuestos en perfecta armonía, de tal manera que resultaba fácil colocar sobre ellos unas vigas rudimentarias de madera sobre las que habían instalado de manera provisional una techumbre formada por hojas de palmera entrelazadas para proteger a los niños de las lluvias venideras y con la esperanza de que en el futuro fuesen reemplazadas por tejados metálicos, firmes pero discordantes con el entorno natural. Había grandes huecos a modo de ventanales sin posibilidad de instalar marcos para futuras ventanas. Los niños se sentaban en largos bancos dispuestos alrededor de mesas donde podían compartir los pocos libros comunes, los últimos en llegar tenían que sentarse en el suelo de tierra apisonada.

A pesar de la extrema pobreza, la escuela tenía un aire alegre y dinámico toda vez que las paredes habían sido encaladas y pintadas por Hoza, artista local y padre de Lisimba, como compensación o castigo porque su hijo y otros compañeros sin identificar habían robado fruta de los terrenos comunales. Hoza tenía una sensibilidad innata y un don natural con los rústicos pinceles, a pesar de no haber ido nunca a clases de pintura. Los dibujos hacían referencia a la floresta y sus habitantes, los animales, pero el más llamativo era una cara con aspecto de árbol doliente con lágrimas en las mejillas en pánico por el fuego que se avecinaba y la inscripción *Kylio Chamti*, «árbol que llora». Ante la escasez de libros y el número inmanejable de alumnos, el maestro recitaba a grandes voces los conocimientos que quería transmitir y luego los niños coreaban con gran alboroto y no siempre con el mejor resultado.

Todos los años al comenzar la estación larga de lluvias en el mes de marzo tenía lugar la fiesta en la que el chamán Waganga invocaba a los espíritus de la lluvia para que cumpliesen con su cometido el día en que la luna llenaba el cielo con su mejor sonrisa. Creían fervientemente en ellos, aunque los más escépticos cómicamente barajaban la posibilidad de amenazarlos con cambiar de espíritus si estos no satisfacían sus deseos. Sea cual fuese el resultado de sus preces y sacrificios, todas las aldeas vecinas del entorno se reunían en una gran fiesta en la que se pedía la lluvia salvadora de cosechas para asegurar un año de abundancia.

De los poblados vecinos descendían por las colinas los habitantes que labraban la tierra con la única ayuda de sus manos y las pobres herramientas que heredaban de sus ancestros. Las familias se reunían y comían con los más allegados, después de lo cual improvisaban un escenario en el que actuaban los más virtuosos tocadores del instrumento que Gazali amaba, la kora. Su sonido envolvente y cálido lo sumergía en sueños evocadores de otros mundos. Generalmente la fiesta terminaba cuando aparecía la luna e iluminaba el camino de vuelta a sus hogares a los asistentes rezagados. «Esta luna y este sonido llenarán mis sueños dondequiera que duerma» —suspiraba Gazali.

Kora: *múltiples cuerdas que vibran, sus vibraciones resuenan en el corazón, sonido puro, rasgado, eco de otras tierras, un fondo de acompañamiento bajo la melodía principal, diálogo amoroso entre ambas melodías, de sonidos agudos como el trino de los pájaros tejedores al alba y graves como el narrador de historias al atardecer.*

Safira siempre había acudido a la celebración con su marido Wasid. Ya desde el amanecer, y antes de las celebraciones, se organizaba un gran mercado en el que los agricultores llevaban sus productos para vender y de este modo poder hacer acopio de herramientas, ropa o cualquier otra necesidad acuciante. El mercado rompía la monotonía del paisaje árido con los colores de las prendas, de las mercancías, de las especias, del maíz, mijo, sorgo, etc. Se oía un gran bullicio de los vendedores que ofrecían sus productos a los posibles compradores. Había otro lugar para el comercio de las aves que se mantenían sujetas con una cuerda atada a la pata y la cuerda amarrada a un hierro clavado al suelo; este era el lugar preferido de Safira porque siempre llevaba hermosos gallos y admiraba sus coloridos plumajes.

En esta ocasión iba acompañada por primera vez por sus tres hijos, Kimani, Basaar y Gazali, que ya eran jóvenes suficientemente fuertes para ayudar a su madre y recorrer el largo camino. Más por la costumbre que por las propias fuerzas, era Safira quien cargaba con la mercancía en fardos que mantenía sobre su cabeza con sorprendente equilibrio; los hijos la acompañaban empujando un pequeño carro en el que transportaban los pocos productos del huerto que robaban a sus estómagos para poder vender y comprar ropa y herramientas.

Al declinar la tarde de un día tórrido comenzó a oírse dentro de las cabañas un ruido semejante a las incipientes gotas de la deseada lluvia sobre el tejado, primero aisladas, luego cada vez más frecuentes hasta que se convirtió en un ruido extraño, seco y ensordecedor que no tenía su consecuencia lógica en el fluir de las aguas. De repente el ruido cesó y un silencio ominoso se extendió

sobre el poblado; los chiquillos fueron los primeros en salir para ver el suceso y gritaban alborozados cazando grandes saltamontes que clavaban en palos y los ponían al fuego para comer su apetitosa carne crujiente. La escena se convirtió en una gran algarabía cuando niños y adultos se reunieron ante un acontecimiento nunca antes visto y que suponía un succulento festín colectivo.

Durante la noche se reanudó el susurro de las alas de los lepidópteros al posarse sobre los techos, el susurro se convirtió en un martilleo mecánico que duró hasta el amanecer. Nadie dormía; lo que parecía una bendición del cielo en forma de bocados exquisitos se convirtió en maldición: las temidas langostas habían cubierto la totalidad de los cultivos y de los pastos y los devoraban con voracidad. Con la vista podían seguir la progresión de los enjambres de millones de langostas que avanzaban ante la impasividad e impotencia del poblado, ya que una langosta adulta puede consumir el equivalente a su propio peso en alimentos frescos cada día, -aproximadamente dos gramos diarios- y pueden viajar hasta ciento cincuenta kilómetros al día empujadas por el viento. Este insecto, que normalmente es inofensivo, puede llegar a formar nubes que recorren grandes distancias, provocando a su paso graves daños en las cosechas. Al mismo tiempo las larvas de langostas se adhieren a los muros de adobe de las casas e infectan los pozos de agua, con el consiguiente riesgo de epidemias en numerosos pueblos de la región.

Las plagas de langostas peregrinas son denominadas «la maldición de las buenas lluvias». Los insectos provienen de las regiones de África del Norte o de Oriente Medio, llamadas zonas de remisión, que no son cultivadas y donde llueve muy poco en temporada normal; cuando las precipitaciones son abundantes las langostas proliferan, como ocurrió en 2004 y 2012. La FAO fue capaz de controlar la situación en los vecinos Níger y Chad, pero el conflicto en Mali hizo muy difícil las operaciones de lucha contra la plaga, debiendo ir los equipos acompañados por escoltas militares para garantizar su seguridad. Mali estaba particularmente necesitado de

equipos después del robo de más de treinta camionetas en el norte del país.

Como consecuencia de la sequía que asoló la zona, de la plaga de langostas, de la incapacidad del gobierno para paliar sus consecuencias y de la hambruna subsiguiente, en abril de 2004, tras un enfrentamiento entre el ejército gubernamental de Mali y un grupo islámico aliado con la organización Al-Qaeda, el gobierno dimitió a petición del presidente Toumani Touré. Ousmane Issoufi Maiga fue nombrado primer ministro.

